

## 13. La historia de los decretos

### Daniel Capítulo 11:1, 2

El ángel comenzó con la historia del reino persa, pues en el momento de la visión la monarquía babilónica había desaparecido por completo. Era el tercer año del reinado exclusivo de Ciro, y el quinto año desde que Darío el Medo había tomado Babilonia. Se recordará que Daniel había visto las diversas naciones, a medida que surgían una tras otra en el torrente del tiempo. Dios es el único historiador perfecto y auténtico; el único registro imparcial de los acontecimientos nacionales se encuentra en las Escrituras. Los hombres registran actos, pero solo Dios puede dar a esos actos su debido lugar en el gran drama de la vida. Hay una cadena ininterrumpida de acontecimientos, un hilo de seda en la trama de la vida, una primavera perpetua en la marea de los asuntos humanos. Este es el registro de los tratos de Dios con su pueblo escogido. La historia egipcia se menciona en el Registro Inspirado del mundo, pero solo en la medida en que desempeñó algún papel en conexión con el pueblo de Jehová. Asimismo Asiria, Babilonia, Grecia y Roma; sea cual sea la nación y su lugar en el tiempo, su historia es registrada por el historiador divino solo durante el tiempo en que ha sido un instrumento en la mano de Dios para difundir su verdad o para proteger a su pueblo.

Fue con tal propósito que el reino Medo-Persa llegó a existir, y cuando hubo cumplido esa obra, y el Espíritu de Dios fue retirado, pasó de la escena de acción.

El imperio Medo-Persa nació cuando el tiempo estuvo maduro para la liberación de Israel de la esclavitud de Babilonia. El primer rey del imperio unido fue Darío el Medo. Era un hombre ya avanzado en edad cuando subió al trono; sesenta y dos años de edad, dice el registro. Pero a lo largo de su reinado, Gabriel estuvo a su lado «para confirmarle y fortalecerle». A Darío se le dio la oportunidad de liberar a los judíos. El Espíritu de Dios suplicó con él, y puso a Daniel a su favor, de modo que colocó al profeta en la tercera posición del reino. Darío conocía a Dios y su poder, pues fue él quien pasó la noche sin dormir en

oración mientras Daniel estaba en el foso de los leones. Darío, sin embargo, no hizo ninguna gran obra para el Señor. Reinó solo dos años, y luego Ciro tomó el reino.

Desde el ascenso de Ciro hasta el final de la historia de Medo-Persia, Gabriel trabajó con los reyes. Sus primeras palabras a Daniel en esta última visión son a este efecto: «Regresaré para luchar contra el príncipe de Persia; y cuando yo haya salido, he aquí, vendrá el príncipe de Grecia». Por lo tanto, cuando la influencia de Dios fuera retirada del rey de Persia, ningún poder en la tierra podría ayudarlo. Este pensamiento fue enfatizado cuando el macho cabrío peludo se vio encontrarse con el carnero en las orillas del río Granico. Riqueza, armas e influencia fueron inútiles.

De los siete años del reinado de Ciro, el tercer año ya había comenzado en el momento de la visión. Su primer acto registrado al tomar el reino fue emitir la proclamación de libertad para los judíos. A lo largo y ancho de la tierra se anunciaron las noticias. No tardó más de doce meses en llegar el mensaje a los rincones más remotos del imperio donde pudieran encontrarse judíos. Todos los incentivos que un monarca podía ofrecer se les presentaron a ese pueblo. El lento movimiento por parte de unos pocos, y la total inactividad de la gran mayoría, sorprendieron a Ciro sin medida. Es uno de los comentarios más tristes de toda la Biblia sobre la perversidad del corazón humano y su deseo de aferrarse al pecado.

Cuando se recuerda que Babilonia era la personificación de toda vileza; que abundaban la injusticia y la opresión, y que el decreto de Ciro era un llamado de Dios a la libertad y a la pureza de vida, el efecto de vivir mucho tiempo incluso a la vista del pecado debería espantar. Esta es una imagen de cómo los llamados de Dios han sido tratados una y otra vez. Aquí se ve la contraparte exacta de lo que la gente hace hoy cuando Dios les pide que abandonen la Babilonia moderna.

Una de las razones por las que los judíos tardaron en retirarse de la antigua Babilonia fue porque los niños y jóvenes habían sido descuidados durante los setenta años de cautiverio. Los hogares judíos deberían haber sido escuelas,

entrenando a estos niños para la ciudad de Jerusalén. En cambio, los niños judíos asistieron a escuelas babilónicas, se mezclaron con la sociedad babilónica, vistieron vestimenta babilónica, hablaron, comieron y actuaron como los babilonios; y consecuentemente, cuando llegó el momento de abandonar Babilonia, no tenían ningún deseo de irse.

Si la raza hebrea hubiera sido fiel a sus privilegios, podrían haber establecido escuelas de profetas, desde las cuales la luz habría irradiado a todas partes del reino. Esta oportunidad se ofreció en los primeros días del cautiverio, cuando Nabucodonosor fue testigo del hecho de que todo el aprendizaje caldeo no valía ni una décima parte de lo que Dios podía enseñar. Daniel y sus compañeros fueron favorecidos debido a su conocimiento de los verdaderos principios educativos; y si se hubieran establecido escuelas en ese momento, la juventud caldea sin duda habría sido educada por los judíos, y en la religión de los judíos. Dios siempre había querido que Israel fuera maestro del mundo; e incluso después de que el pecado los llevó a la esclavitud, les dio la oportunidad de enseñar a sus captores y a los hijos de sus captores. ¿Lo hizo Israel? El fin de los setenta años y la respuesta al decreto de Ciro responden: No. No enseñaron a otros; ni siquiera enseñaron a sus propios hijos. Como resultado, miles perecieron con Babilonia.

Aquellos que subieron a Jerusalén estaban desgastados en su servicio, y listos para rendirse ante la menor oposición. Cuando se colocó el fundamento del templo, los ancianos lloraron porque no igualaba en esplendor al templo de Salomón, y hubo poca influencia ejercida para traer a otros de Babilonia. No es de extrañar que, después de esperar dos años completos para ver resultados, Ciro estuviera perplejo y asombrado por el desenlace. ¡Qué maravilla que Daniel tuviera que esperar tres semanas por una respuesta a su oración, mientras Gabriel y Miguel suplicaban con el desanimado Ciro! Ciro estaba listo, si los judíos hubieran hecho su parte, para hacer de Jerusalén la gloria de toda la tierra. Tal como fue, no encontramos ningún registro de trabajo posterior de este rey.

Murió, y la obra que podría haber hecho fue solo parcialmente realizada debido a la negligencia e inactividad por parte del pueblo escogido de Dios.

Satanás había sido testigo del obrar del Espíritu de Dios en los corazones de los hombres en el mismo centro del gobierno que él reclamaba como propio. Fue debido a su influencia que los judíos no hicieron una gran entrada en Jerusalén. Ciro luchó entre dos influencias, pero fue refrenado por Gabriel de cometer cualquier acto de violencia. Cambises, su hijo, reinó casi ocho años, pero la mayor parte de su tiempo lo pasó en guerras inútiles y costosas en Egipto y Etiopía. Cambises es el Asuero de (Esdras 4:6). A él los samaritanos escribieron cartas de queja contra los judíos en Jerusalén. Pero Cambises estaba demasiado ocupado con sus guerras extranjeras como para prestar atención a este asunto, y por lo tanto no se tomó ninguna medida ni a favor ni en contra de la obra en Jerusalén. Los judíos todavía estaban en libertad de abandonar Babilonia, pero un período de tanta calma nacional no era propicio para una gran actividad por su parte, y permanecieron donde estaban. Llegó el momento en que desearon con todo su corazón haber salido durante esos años de paz.

Cambises fue asesinado mientras estaba en Egipto; y antes de que el informe circulara por todo el imperio Medo-Persa, un impostor tomó el trono que pertenecía a Esmerdis, el hijo de Cambises. El impostor, conocido en la historia como Pseudo-Esmerdis (el falso Esmerdis), es el Artajerjes de (Esdras 4:7). Reinó solo siete meses, pero eso le dio tiempo para considerar las quejas de los samaritanos y las tribus sobre Jerusalén, y para emitir una orden de que la construcción de Jerusalén cesara hasta que llegara una nueva palabra del trono. Esta carta del falso Esmerdis se encuentra en (Esdras 4:18-22). Este es el único acto que el historiador divino menciona en la vida de este monarca persa.

Aunque muy poco se dice sobre él, Dios conocía cada movimiento que hacía. Esto se ve al seguir la historia de los decretos. Tan pronto como los judíos en Jerusalén oyeron la lectura de la carta del falso Esmerdis, toda obra cesó. «Porque», razonaron ellos, «¿cómo podemos seguir adelante?» Después de que

dejaron de construir, Dios levantó a dos profetas, Hageo y Zacarías, y de ellos obtenemos conocimiento de la situación en Jerusalén.

La gente dejó de construir el templo y se dedicó a construir casas para sí mismos. Cuando se les instó a continuar la obra del Señor, se quejaron de que el dinero escaseaba. Sembraron, pero la cosecha fue menor que la cantidad sembrada; sus árboles dieron poco o ningún fruto; hubo sequía y el ganado murió; los hombres no podían pagar su alquiler o impuestos, y se hicieron esclavos debido a las deudas, y vendieron a sus hijos a la servidumbre. Entonces se quejaron a Dios. Pero todo el tiempo Dios estaba trabajando para ellos, y ellos no lo sabían.

Así obró Él: En la ciudad de Babilonia, seis de los hombres principales del imperio sospecharon que el rey reinante no era el heredero legítimo, y se unieron para averiguarlo. Forzando su entrada a la presencia de Esmerdis, reconocieron al impostor, lo mataron, y Darío, el jefe de la banda, fue nombrado rey. Este es el hombre conocido en la historia como Darío Histaspes, y es Darío el Persa de quien se habla en (Esdras 4:24).

Gabriel aún custodiaba el trono de los persas, y mientras los judíos desanimados abandonaban la construcción del templo por un poco de oposición, Dios estaba llevando al trono a un hombre que continuaría la obra de Ciro. Hageo y Zacarías reunieron al pueblo y les instaron a reanudar la obra de construcción, dando la palabra del Señor de que su pobreza era el resultado directo de su propia negativa a construir frente a las dificultades. Los judíos asumieron la carga, pero pronto Tatnai y otros, gobernadores de tribus en Palestina, vinieron a Jerusalén y advirtieron a los judíos que cesaran. Hageo, Zacarías, Zorobabel y Jesúa citaron el decreto de Ciro. Tatnai entonces escribió a Darío, esperando, por supuesto, que él pusiera fin a la obra. Darío, sin embargo, hizo que se realizara una búsqueda y encontró el decreto de Ciro, con todos sus detalles concernientes a la construcción, los sacrificios y la orden de dinero para lo mismo del tesoro del rey.

Aquí hay una manifestación de la bondad y misericordia de Dios. Aquello que a los ojos de los hombres parecía una derrota se convirtió en una victoria gloriosa. Darío emitió un decreto que cubría todo lo contenido en el decreto de Ciro, y más aún. A Tatnai y a los hombres que habían presentado la queja se les ordenó que ayudaran a impulsar la obra en Jerusalén dando su propio dinero para sufragar los gastos.

«Huid de en medio de Babilonia, y librad cada uno su alma.»

Observen a esos hombres, Tatnai, Setar-boznai y sus compañeros, quienes levantaron tal clamor contra la obra de Dios. Cuando se recibió el decreto de Darío, los acusadores fueron con gran rapidez a los líderes judíos. Lo que parecía derrota se convirtió en una victoria señalada, porque Dios estaba dirigiendo los asuntos de los hombres. Enemigos acérrimos se hicieron amigos, o al menos asistentes, cuando el aliento de Jehová confundió su política mundana. Una vez más, Dios favoreció especialmente a Israel.

Las advertencias de Jeremías todavía se escuchaban: «Huid de en medio de Babilonia, y librad cada uno su alma; no seáis cortados en su iniquidad... Quisimos curar a Babilonia, y no ha sanado; dejadla, y vámonos cada uno a su tierra... Jehová ha sacado a luz nuestra justicia; venid, y contemos en Sion la obra de Jehová nuestro Dios.»

«¡Oh insensatos, y tardos de corazón para creer todo lo que los profetas han dicho!» Israel no hizo caso. Durante treinta y seis años —piensen en ello, más de un cuarto de siglo— reinó Darío, y Gabriel estuvo a su diestra para mantener su corazón tierno hacia el pueblo escogido.

Los ángeles del cielo observaban atentamente para ver a Israel regresar y construir Jerusalén. Al profeta Zacarías, en los días de Darío, se le dio una vista maravillosa de la futura historia del pueblo de Dios. Jerusalén tuvo la oportunidad en aquellos días de construir para convertirse en una ciudad eterna. Dijo un ángel a otro en el oído de Zacarías: «Corre, habla a este joven, diciendo: Jerusalén será habitada como ciudades sin muros, por la multitud de hombres y

ganado en ella». En lugar de muros de piedra, como Jerusalén y las ciudades del mundo habían estado acostumbradas a construir hasta entonces, Dios prometió ser un muro de fuego a su alrededor. «¡Oh, oh, salid y huid de la tierra del norte! ... Escapa, oh Sion, la que moras con la hija de Babilonia.»

Un amor abundante, como el amor de una madre por su primogénito, se escucha en las palabras de Jehová: «¡Canta y alégrate, hija de Sion! Porque he aquí que vengo, y moraré en medio de ti». La primera y la segunda venida de Cristo fueron prometidas entonces, y sin duda habrían seguido en rápida sucesión si Israel hubiera prestado atención.

En todo el mundo la gloria del Señor debería verse sobre Sion, hija del Dios viviente. «He vuelto a Sion, y moraré en medio de Jerusalén; y **¡JERUSALÉN SERÁ LLAMADA CIUDAD DE VERDAD!**» «Alégrate mucho, hija de Sion; da voces de júbilo, hija de Jerusalén; **he aquí, tu Rey viene a ti.**»

Para aquellos que lamentaban porque el nuevo templo parecía menos glorioso que el anterior, Cristo, anticipando el tiempo en que Él mismo entraría allí con las palabras de vida para Su pueblo, dijo por medio del profeta Hageo: «Yo haré temblar a todas las naciones; vendrá el Deseado de todas las naciones y llenaré de gloria esta casa» (Hageo 2:7). «La gloria de esta postrera casa será mayor que la de la primera... y en este lugar daré paz» (Hageo 2:9). Esto lo dijo refiriéndose a Su visita personal en forma humana.

Y de nuevo, por el mismo profeta, les pidió que atestiguaran el hecho de que el mismo día en que comenzaron a edificar, la tierra produjo abundantemente; la plata y el oro llegaron en abundancia, y hubo prosperidad general.

Por Zacarías, la lluvia tardía fue prometida a Jerusalén; grandes nubes de Su gloria los cubrirían. En Jerusalén, el débil sería como David, y David como el ángel del Señor. Todo esto les dijo por medio del profeta Zacarías. Leamos la profecía completa por sus gloriosas promesas. Si hubiéramos vivido en Babilonia en los días de Darío, ¿habríamos escuchado? El profeta, al mirar aún más lejos en el futuro, ve al Señor viniendo con todos Sus santos para coronar Jerusalén, la

ciudad de nuestro Dios, la esposa del apocalipsis. Sería una ciudad eterna, con el pecado y la iniquidad borrados de la tierra.

Zacarías vio estas cosas en los días de Darío, rey de Persia; y si los judíos hubieran salido de Babilonia y seguido a donde Dios los habría guiado, tal habría sido la historia del mundo. No escucharon Su voz, y después de un lapso de casi dos mil quinientos años, la gente de hoy se encuentra heredera exactamente de las mismas promesas bajo precisamente las mismas condiciones. Si la iglesia de hoy sigue la instrucción de los profetas, cada promesa de Zacarías será suya. Si no, la historia de los judíos durante el reinado del rey que siguió a Darío se repetirá.

Al dar esta historia a Daniel, estos detalles fueron omitidos, y Daniel no vivió para verlos realizados. A él le dijo el ángel, hablando en el tercer año del reinado de Ciro: «He aquí, aún se levantarán tres reyes en Persia, y el cuarto será mucho más rico que todos ellos» (Daniel 11:2).

Los tres reyes que siguieron a Ciro fueron Cambises, Pseudo-Esmerdis y Darío. Estos, y su papel en la historia de los judíos, ya los hemos considerado. El cuarto rey de Persia después de Ciro el Grande fue conocido por su riqueza y el gran ejército que levantó contra los griegos. Este rey fue Jerjes, quien ascendió al trono tras la muerte de Darío. Nuestro interés radica en el registro de sus tratos con los judíos, y a esa historia se dedica un libro entero de la Biblia. Se supone que Jerjes es el Asuero de Ester, y el libro de Ester es el registro de los actos de este rey con referencia al pueblo de Dios que todavía vivía en el reino de Babilonia, sobre el cual Jerjes era el único monarca.

El reino Medo-Persa estaba en su apogeo durante el reinado de este rey. Tenía en sujeción ciento veintisiete provincias, que se extendían desde la India hasta Etiopía.

Su capital estaba en Susa, en la provincia de Elam. Una estimación de la riqueza a disposición de este gobernante puede obtenerse del hecho de que durante seis meses los príncipes, gobernantes y gobernadores de todas las

provincias, representando el poder del rey persa en todas las partes del reino, fueron agasajados en el palacio real; y que cuando esta reunión terminó, el palacio de Susa fue abierto durante una semana entera, tiempo durante el cual todo el pueblo fue festejado en los jardines. Hubo bebida de vino y juerga. Fue similar al tiempo en que Belsasar festejó con mil de sus nobles. El mobiliario del palacio, con sus paredes y pisos de mármol, sus ricas cortinas y tapices de muchos colores, colgando con anillos de plata de los elevados pilares, hablaba de la gratificación del orgullo. Las camas y los divanes eran de oro y plata, y bebían de copas de vino de oro. Verdaderamente, Medo-Persia era la hija de Babilonia.

La historia de Vasti es conocida. Asuero le ordenó aparecer ante su compañía medio ebria, y ella se negó. Entonces fue apartada, y una doncella judía, siendo desconocida su nacionalidad, se convirtió en reina del reino persa. Esta era Hadasa, conocida como Ester, una huérfana de la casa de Saúl, cuyos padres habían estado entre los cautivos reales en los días de Nabucodonosor. Siempre había vivido con un primo llamado Mardoqueo, quien la trataba como a su propia hija. Poco imaginaban Mardoqueo y su esposa, cuando acogieron a la indefensa infanta Hadasa, que un día ella representaría a su pueblo en presencia del rey. Era una niña obediente y, en consecuencia, se convirtió en una mujer obediente. Era sencilla de corazón y modesta, requiriendo poco y no exigiendo nada. Amaba a su propio pueblo, aunque ser fiel a ellos significaba que debía enfrentar la muerte.

Daniel ya no vivía, y había pocos, si acaso, que representaran la adoración del Dios verdadero en la corte del rey impío. Mardoqueo se sentaba a la puerta del rey, es cierto, y en tiempo de conspiración informó del asunto al rey; pero hubo pocas ocasiones en que pudo mezclarse con los que estaban en autoridad. La maldad y la injusticia abundaban, y Mardoqueo se negó a aprobar tales principios, y no se inclinaba ante el altivo Amán, uno de los consejeros del rey. Este fue pretexto suficiente para que los enemigos de los judíos actuaran, pues ahora eran una raza odiada en todo el imperio. Habían desaprovechado el tiempo de favor nacional, y Persia se había vuelto contra ellos.

Durante unos cuarenta años se había extendido la misericordia a Israel, y ese pueblo había hecho oídos sordos a toda súplica. Cuarenta años han sido a menudo llamados el tiempo asignado para que una generación decida su destino a favor o en contra de la verdad. Moisés estuvo cuarenta años en el desierto, desaprendiendo las cosas de Egipto y siendo enseñado en las cosas de Dios; Israel vagó cuarenta años en el desierto, cuando solo once días eran necesarios para hacer el viaje del Mar Rojo a la frontera de Canaán; cuarenta días Cristo soportó una dura tentación; cuarenta años sellaron el destino de la Reforma en Alemania; y pasaron cuarenta años desde la predicación del mensaje del sellamiento hasta el tiempo del fuerte pregón.

Así, Israel recibió cuarenta años en Babilonia mientras los ángeles retenían los vientos de contienda. Al final de ese tiempo, Jerjes cedió a la sugerencia de Amán, y emitió un decreto contra aquel «cierto pueblo esparcido y disperso entre la gente en todas las provincias». Si la súplica ya no atraía la atención de los judíos, Dios, en Su misericordia, permitiría que viniera la persecución, para que se vieran obligados a huir a Su lado en busca de protección. Pero cuando la persecución y las dificultades se acercan, el amor de Dios es tan grande que prepara la liberación de antemano.

El ángel de Dios había guardado a Hadasa y dirigido su educación. La había traído al reino «para un tiempo como este» (Ester 4:14). Cuando no había hombre que representara Su causa, Jehová usó a una mujer, y ella, una mujer joven. Su misma belleza fue consagrada al Señor, y Él la utilizó. Dios ama a los jóvenes, como lo certifica la historia de los judíos.

Se enviaron mensajeros por correo para llevar el decreto del rey a cada provincia del vasto imperio. Estaba sellado con el anillo del rey, y las leyes de los Medos y Persas eran inmutables. En un día fijado, cada judío en el reino sería ejecutado a espada; ancianos, jóvenes, hombres, mujeres y niños pequeños —ninguno estaba exento. Satanás triunfó al pensar que por fin Israel estaba en sus manos y que la causa de Dios caería. «El rey y Amán», dos de los siervos de Satanás, «se sentaron a beber» (Ester 3:15).

La ciudad de Susa fue la primera en escuchar el decreto, y la consternación llenó los corazones de los judíos. Había angustia en cada hogar. «La ciudad de Susa estaba perpleja» (Ester 3:15). Apenas un año después de la fecha del decreto, y la muerte sería su suerte. Aparentemente no había forma de escapar. Años antes podrían haber subido a Jerusalén, pero ahora era demasiado tarde para siempre. Un amargo lamento de agonía llegó al cielo, y mientras los mensajeros del rey se apresuraban, el clamor se hizo más fuerte. Las voces de los judíos en Susa se vieron reforzadas por los sonidos de luto de miles de judíos en todas las provincias.

Ester, en el palacio del rey, ignoraba el decreto, pero Mardoqueo le hizo saber la angustia universal y le envió una copia del mandato del rey. El momento crucial había llegado para ella. ¿Debía, podría, ser fiel a su Dios? Los hebreos de Susa se vistieron de cilicio y ayunaron por la reina durante tres días. Entonces ella salió con la fuerza de su Dios. Regia, hermosa, confiada, se paró en el atrio interior frente a la casa del rey, esperando el reconocimiento del monarca de la tierra, cuya voluntad cruzar significaba la muerte. Por un lado vio la muerte a manos de Jerjes; por el otro, la aprobación de su Dios. «Y si perezco, que perezca» (Ester 4:16), dijo ella, y Dios aceptó su sacrificio.

Dios había preparado de lejos su liberación. El mismo acto de bondad realizado años antes por Mardoqueo obró en la liberación de su pueblo. ¿Quién dice que no se guarda registro de los actos del hombre, o que el hombre realiza algún acto de bondad sin ser impulsado por seres celestiales? Dios usó a Ester para salvar a Su pueblo; también usó a Mardoqueo.

Amán, el que propuso el decreto, fue colgado en una horca construida para Mardoqueo; Mardoqueo fue ascendido a la posición de consejero principal de Jerjes; y se emitió un decreto según el cual, en el día señalado para la matanza de los judíos, todo judío debería tomar las armas y defenderse contra los Persas. Y el temor de los judíos cayó sobre todo el pueblo. Una vez más, Dios derrotó los planes, no solo de los hombres, sino del archienemigo. La verdad triunfó a pesar de la rebeldía de Su pueblo. Este decreto de Asuero, o Jerjes, es la contraparte del

decreto que pronto será emitido por la bestia del decimotercer capítulo de Apocalipsis contra los seguidores de Dios. Encontrará un pueblo situado como estaban los judíos en Babilonia; encontrará a otros que se han retirado de Babilonia, y cuando el enemigo se precipite sobre esta última clase para matarlos, las espadas caerán como pajitas rotas, porque los ángeles de Dios lucharán por Su pueblo.

Este registro, dado en el libro de Ester, se conserva en la historia bíblica para que los hombres conozcan el futuro. Los tratos de Dios con los judíos revelan los principios de Su gobierno, y en esta historia hay una descripción gráfica de los pecados y la liberación del Israel espiritual.

Jerjes fue un hombre cruel y arrogante, y su carácter se muestra no solo en sus tratos con la raza hebrea, sino también con otros pueblos. No contento con la extensión del territorio bajo su control, reunió un inmenso ejército —más de cinco millones, según los historiadores— y cruzó el Helesponto para someter a Grecia. Sin embargo, la derrota y el desastre acompañaron el esfuerzo, y regresó a su propio reino.

El Espíritu de Dios aún no se había retirado de la corte Medo-Persa, y aunque Jerjes es el último rey mencionado en la visión que Daniel vio, Dios todavía ofrecía misericordia a los israelitas; y fue durante el reinado de Artajerjes Longímano, el sucesor de Jerjes, que se emitió el decreto final para el regreso de los judíos. De manera similar, el gran jubileo seguirá inmediatamente al último esfuerzo de Satanás para destruir al pueblo de Dios.

En el séptimo año del reinado de Artajerjes, el corazón de Esdras fue conmovido por el Espíritu de Dios, y él apeló al rey en busca de ayuda. En respuesta a la apelación, Artajerjes emitió el mandamiento registrado en el séptimo capítulo de Esdras. Este es el decreto del año 457 a.C., mencionado en el capítulo diez, página 145, y es la fecha a partir de la cual se debe calcular el comienzo de los dos mil trescientos días de Daniel 8:14, y las setenta semanas de Daniel 9:24. El decreto de Artajerjes incluía todo lo que contenían los decretos de

Ciro y Darío, y dio además el mandamiento de construir el muro y establecer un gobierno.

Habían pasado ochenta años desde el decreto de Ciro —ochenta años de paciencia—; pero incluso después de la experiencia de los días de Ester y Jerjes, se manifestó poco interés en la reconstrucción de Sión, y la compañía que fue con Esdras era pequeña en comparación con lo que debería haber sido. La condición en Jerusalén era desalentadora, pues allí los judíos se habían mezclado con los Cananeos, trayendo iniquidad y confusión. El sábado era profanado, y los servicios de la casa del Señor eran descuidados. No fue sino hasta el vigésimo año de Artajerjes, después de que Esdras hubo trabajado por Israel durante trece años, que Nehemías vino de Babilonia y movilizó al pueblo a la actividad. Entonces, y solo entonces, fueron reconstruidos los muros. Incluso entonces fue luchar con una mano y construir con la otra, debido a una multitud de enemigos. Fue solo entonces que comenzaron a pagar el diezmo, y a cesar el tráfico ordinario en sábado; fue entonces que dejaron a sus esposas paganas; pero lo hicieron solo porque fueron amenazados con la ira de Dios.

Verdaderamente, Israel era un pueblo de *dura cerviz* y rebelde. Un remanente fue salvado de Babilonia, pero fue solo un remanente; y ese remanente, después de años de lucha y muchos titubeos, fue como un tizón arrebatado del fuego.

Jerusalén, que pudo haber sido la gloria de la tierra, cayó presa de cada reino sucesivo. La mente de Daniel se volvió hacia el poder creciente del reino de Grecia, y Gabriel luego habló del poderoso que gobernaría con gran dominio. Medo-Persia se hundió en un estado de debilidad, y el ángel retiró sus alas protectoras; el tiempo de prueba había pasado para otra nación. También había sido pesada y hallada falta; y su nombre es omitido por el escritor inspirado.

La historia del imperio persa, hasta que pasó su cenit, es la historia de los decretos; y cuando esa nación dejó de ayudar a avanzar al pueblo sobre el cual Dios estaba derramando luz, es olvidada por el historiador divino.

El tiempo no espera ni al hombre ni a la nación. La vida de cada individuo puede leerse en la historia de los años de supremacía Medo-Persa. Aceleremos nuestros pasos hacia la Nueva Jerusalén. Esperando y apresurando la venida del día de Dios (2 Pedro 3:12).